

## BIBLIOGRAFIA

establece la supuesta correspondencia?» (p. VIII). Siguiendo a Dummett —cuya influencia es agradecidamente reconocida por el autor— Putnam retrotrae el problema de la verdad a una cuestión ulterior, más básica, y que suelen dar por supuesta las diversas posiciones: la comprensión de las nociones semánticas «referirse a» y «corresponder a» se establece, de ordinario, mediante su asociación a unos objetos platónicos denominados «correspondencias».

La noción de verdad —sostiene Putnam— no debe ser identificada con correspondencia, sino con *justificación idealizada*, es decir, con *acceptabilidad racional*, en cuanto opuesta a justificación a partir de la evidencia presente. A su vez, las condiciones de verdad de los enunciados, de su afirmabilidad, se aprenden en la práctica lingüística efectiva: no hay una teoría de la verdad, ni una verdad ideal, formalizable eternamente garantizada, sino simplemente una mejor o peor condición epistemática del individuo singular para emitir justificadamente un determinado enunciado. Este es el punto central epistemológico y semántico del realismo de Putnam, al que denomina «*realismo interno*», como distinto del realismo metafísico clásico: «Es un tipo de realismo, y quiero que sea un tipo *humano* de realismo: la creencia de que existe algo real que es aseverable correctamente por nosotros, en cuanto opuesto a lo que es correctamente aseverable desde la visión divina tan cara a la metafísica realista clásica» (p. XVIII).

Hacer un esbozo, siquiera sumario, del contenido de los capítulos de esta densa obra sería tarea im-

proba en esta breve reseña. Concluiré con dos leves observaciones de tipo menor: 1) en el índice final (pp. 310-2) no figuran todos los nombres propios que aparecen en el libro, ni todos los lugares en que ocurren los que efectivamente figuran en dicho índice; 2) en relación con p. 57, la calificación de un enunciado de identidad como «Cicerón es idéntico a Tulio» como *epistémicamente contingente*, a pesar de su carácter *metafísicamente necesario*, puede resultar desorientadora y es, en puridad, anómala en la terminología de Kripke (p. ej., *Identity and Necessity*, p. 156). La noción metafísica de contingencia debe quedar al margen de la dimensión epistemológica, por lo que sería preferible calificar dicho enunciado de identidad como metafísicamente *necesario* y epistémicamente *empírico*, o a *posteriori*, restringiendo el uso de «contingente» para lo *no necesario metafísicamente*.

JAIME NUBIOLA

RUBIO CARRACEDO, J., *Positivismo, hermenéutica y teoría crítica en las ciencias sociales*, ed. Humanitas, Barcelona, 1984, 335 págs.

La presente obra del Prof. Rubio Carracedo, Titular de Ética en la Universidad de Málaga, es un estudio expositivo y crítico, elaborado con profundidad y rigor, acerca del estatuto epistemológico de las ciencias sociales, cuya precisa determinación ha sido empeño exclusivo, según opinión tradicional fuertemente arraigada, de dos tendencias enfrentadas entre sí: positivismo e

## BIBLIOGRAFIA

historicismo. Impulsado por el injustificado abandono de otras aportaciones, que han contribuido tan decididamente al asunto como las dos mencionadas, el autor sostiene que «la elaboración del estatuto epistemológico de las ciencias sociales ha de ser fruto de un diálogo a tres: la herencia positivista (que incluye el estructuralismo, el formalismo y la teoría de los sistemas), los diversos enfoques de sociología interpretativa que cabe agrupar bajo el rótulo de hermenéutica (sociología fenomenológica, interaccionismo simbólico, etnometodología, hermenéutica propiamente dicha, etc.) y las diferentes modalidades de teoría crítica de la sociedad (neomarxismo, nueva teoría crítica, enfoque conflictivista, etc.)» (pp. 7-8). Se establece de ese modo la que es, a nuestro juicio, la tesis central del libro, que va a dedicarse, en consecuencia con ella, a exponer con todas sus variantes y modificaciones cada una de las corrientes en cuestión.

Tras dejar sentado que el problema de la peculiaridad metodológica, junto con el de la lógica genuina de las ciencias sociales, es «bastante reciente» (p. 11), por mucho que quepa remontarse —hasta el siglo XVII incluso— en la indagación de sus orígenes, el autor aborda en los tres primeros capítulos (pp. 11-43), con brevedad y precisión, «las bases filosóficas que inspiraron las tres tradiciones» (p. 8).

A la epistemología positivista, primera de las áreas temáticas de la obra, se dedica el capítulo cuarto (pp. 45-54), estudiando a Comte, Mill y Wundt.

Si el positivismo es creación in-

telectual primaria y fundamentalmente francesa, el historicismo, otro de los intereses específicos de la obra que reseñamos (pp. 55-71), es herencia alemana. Sus bases epistemológicas proceden, en efecto, del «movimiento intelectual que predomina en la Alemania del siglo XIX denominado 'la conciencia histórica'» (p. 55). Aunque sus orígenes se remontan a la Ilustración, y, de modo particular, a la *Scienza Nuova* de Vico, es en Alemania «donde el historicismo se hace masivo en torno al concepto de *Volksgeist*» (ibid.). Entre sus tesis metodológicas fundamentales destaca la de la autonomía plena de las ciencias sociales, para cuyo logro definitivo la corriente historicista aspira tenazmente a elaborar su lógica propia. Droysen, los neokantianos de Baden, Jaspers y Dilthey son los analizados.

Aunque positivismo e historicismo se encuentran en franca y decidida oposición, no escasean los intentos dirigidos a armonizar ambas corrientes. Uno de los más destacados es el de E. Durkheim (pp. 73-78), que aspira a ser el Descartes de las ciencias sociales. El otro intento de síntesis, de importancia semejante al anterior, lo constituye la sociología interpretativa de Max Weber (pp. 79-92). El objetivo principal al que tiende Weber consiste en «realizar una síntesis de ambos enfoques mediante su concepto clave de 'comprensión explicativa' (*erklärende Verstehung*). El proceso explicativo causal es indispensable, pero debe ser completado por la 'conexión de sentido'» (p. 79).

Pese a su gran extensión y considerable influjo, el método positi-

## BIBLIOGRAFIA

vista provocó una serie de reacciones saludables, dirigidas a mostrar sus insuficiencias epistemológicas intrínsecas, no ya sólo en las ciencias sociales, sino incluso en las físicas, donde tradicionalmente había encontrado una más dócil y entusiasta aplicación. La fenomenología ha sido, sin duda, junto con otras corrientes derivadas de ella, una de las actitudes más claras y decididas al respecto (pp. 93-99). En su *Crisis de las ciencias europeas*, Husserl se propone, precisamente, «cuestionar las bases mismas del criterio de cientificidad positivista y replantear las ciencias humano-sociales sobre bases fenomenológicas» (p. 93). La obra de Husserl caló profundamente en algunos pensadores de su tiempo, como Cassirer y Rothacker (pp. 97-98), Bollnow (pp. 98-99), Ricoeur, Heidegger, etc., que, pese a sus indudables diferencias, coinciden en mostrar «los límites de la explicación causal» y en su empeño decidido por lograr la «construcción de un humanismo radical» (p. 97). Sin embargo, la contestación más radical al positivismo posiblemente aconteciera dentro de su propio seno, durante el último cuarto del siglo XIX. Corrió a cargo de actitudes tan dispares como las del empiriocriticismo, convencionalismo y pragmatismo (pp. 101-110). Los empiriocriticistas —Avenarius (pp. 102-103), E. Mach (pp. 103-104)— insistieron más en la crítica de la experiencia, en tanto que los convencionalistas —Poincaré, Duhem, Le Roy (pp. 105-107)— en la de los 'hechos' y objetividad científicos. Por su parte, el pragmatismo (pp. 108-110), apoyándose en el sustrato teórico del empiriocriticis-

mo, «radicaliza la crítica de los enfoques especulativos o, simplemente, teóricos de la ciencia» (p. 108).

No puede decirse, sin embargo, que, pese a la contundencia de las críticas referidas, el espíritu positivista desapareciera completamente del horizonte intelectual. Vino a ocurrir más bien lo contrario, pues, después de la primera guerra mundial, pudo notarse un «creciente predominio del 'círculo de Viena' y autores emparentados» (p. 111), cuyo influjo permaneció hasta la década de los 50 «a través de la llamada 'herencia del positivismo lógico'» (ibid.). Los planteamientos funcionalista (pp. 137-160), estructuralista (pp. 163-209) y la teoría de los sistemas (211-221) llegaron a alcanzar un grado de desarrollo y aceptación notables.

Sin despreciar sus diferencias, los planteamientos estructural —funcional y funcionalista, tal como fueron aplicados al ámbito de la sociología, «poseen un denominador común que permite examinarlos conjuntamente» (p. 137): la imposibilidad en que se encuentran de extender sus explicaciones más allá de los fenómenos de reproducción social, hasta alcanzar lo individual y el conflicto social. Ambas categorías «permanecen irreductibles al enfoque estructural-funcional, y todavía más al funcionalista» (ibid.). La figura más relevante del enfoque estructural-funcional es T. Parsons (pp. 138-147). A diferencia de Parsons, R. Merton, que representa la ortodoxia funcionalista, se mantuvo siempre aferrado a su planteamiento inicial, lo que le llevó a elaborar el conocido 'paradigma del análisis funcional' (pp. 148-152), de enorme influjo en la in-

vestigación social, que posteriormente fue «operacionalizado y ligeramente modificado por Brademeier en 1955» (p. 152).

La influencia del estructuralismo, que el autor incluye entre las herencias del positivismo, fue especialmente acusada en los años 60. «Esta década —afirma J. Rubio— estuvo marcada por el neopositivismo de Lévi-Strauss y de Foucault, el neomarxismo de Althusser, el neofreudismo de Lacan, la 'nueva crítica' de Barthes, Blanchot, Derrida y otros» (p. 163). Todos ellos, aparte de notables diferencias, venían a coincidir en el postulado de la cientificidad, entendido de modo positivista, y en el rechazo del humanismo.

La concepción de la sociología como teoría general de los sistemas (pp. 211-221) cabe retrotraerla, una vez más, al positivismo. «En efecto —sostiene J. Rubio— es posible trazar una línea de casi-continuidad entre los planteamientos de Comte y Spencer hasta la actual teoría de los sistemas generales» (p. 211). La investigación sociológica según el modelo de la teoría de los sistemas tiene como objetivo establecer las « semejanzas estructurales y distinguir, al mismo tiempo, las *diferencias estructurales* entre sistemas sustancialmente distintos» (p. 212). Aun reconociendo cuatro «orientaciones mayoritarias» (p. 213), el autor se detiene en el análisis de una de ellas, a la que pertenecen autores como Buckley, Luhmann y Easton, «debido a su carácter moderado e intermedio» (p. 213). En consecuencia, la obra *Sociology and Modern Systems Theory*, de W. Buckley, «portavoz más autorizado» de esta corriente,

es sometida a un detenido y riguroso examen (pp. 213-221).

Según indicamos al principio, la tesis central de la obra del Prof. Rubio consiste en destacar, junto a la del positivismo y la hermenéutica, la contribución de la teoría crítica de la sociedad (pp. 223-240) a la epistemología de las ciencias sociales. A Max Horkheimer corresponde históricamente el mérito de haber establecido las bases doctrinales de esta corriente, cuya obra de 1937, *Traditionelle und kritische Theorie*, «enuncia los presupuestos teóricos de la 'Teoría crítica'» (p. 224). La precisa y completa exposición de este pensamiento atiende preferentemente a un cuádruple orden de consideraciones: comparación de la Teoría Tradicional y la Teoría Crítica (pp. 225-229); crítica del positivismo (pp. 229-231); análisis del concepto de razón (pp. 232-234); exposición de la epistemología propuesta por la Teoría Crítica para las ciencias sociales (pp. 235-240).

Sobre el sustrato teórico de la Escuela de Frankfurt —sin olvidar las influencias de Marx, los socialistas utópicos y Weber— se levanta la teoría coactiva de la sociedad (pp. 241-262), que «se presenta como una alternativa hegemónica» (p. 242) al enfoque estructural-funcional. Además de la exposición cuidada del «paradigma de la teoría conflictivista» tal como la formulara R. Dahrendorf (pp. 242-252) y de la concepción de la sociología como crítica de la práctica social que sostiene A. Touraine (pp. 252-259), J. Rubio aporta una valiosísima información sobre los estudios más importantes realizados

## BIBLIOGRAFIA

según el enfoque coactivo de la sociedad (pp. 259-262).

La obra termina con unos capítulos dedicados a exponer lo que podríamos llamar estado actual de la epistemología de las ciencias sociales, donde se examinan propuestas metodológicas que van desde el superracionalismo de G. Bachelard (pp. 259-277), las diversas corrientes postpositivistas —el racionalismo crítico de K. Popper (pp. 281-292), la epistemología histórico-sociológica de T. S. Kuhn (pp. 296-304), la de los «programas de investigación» de I. Lakatos (pp. 304-311), el anarquismo epistemológico de P. Feyerabend (pp. 311-320)— hasta el pensamiento de R. Boudon acerca de los tipos de teorías y los niveles de verificación en las ciencias sociales (321-331).

Nos parece exagerada la afirmación de Edel, según la cual cuando las ciencias no tienen de qué hablar se ocupan de métodos. No obstante, resulta evidente que la preocupación metodológica en las ciencias sociales —aunque no sólo en ellas—, unida al esfuerzo por perfilar tanto su estatuto científico oportuno como su lógica propia, ha estado presente de forma notoria especialmente en lo que va de siglo. Nos parece que la obra de J. Rubio es buena prueba de ello, pues con gran finura argumentativa, capacidad sintética y rigor y orden expositivos, consigue ordenar el complejo mundo de las corrientes metodológicas, proporcionando de ese modo una gran ayuda al estudioso e investigador de estas cuestiones.

JOSÉ LUIS DEL BARCO COLLAZOS

VON BRANDESTEIN, B. F., *Cuestiones fundamentales de filosofía*, Herder, Barcelona, 1983, traducción de Claudio Gancho, 240 páginas.

El empeño por encarar las cuestiones fundamentales de la filosofía resulta urgido, según el autor, por el clímax pesimista hoy frecuente, que no sólo lleva a adoptar actitudes existenciales nihilistas y de temor ante el hombre, sino que, ya en el terreno de la filosofía, compele a ésta a abdicar de aquellos interrogantes cuya alteza de miras la identificó desde sus inicios. De aquí que sólo desde 'a rehabilitación del «sentido», como inherente a las acciones del hombre e incluso a los datos que las antecedan y fundan, se haga posible el planteamiento del género de cuestiones que el libro va a tratar. Por estribar en algo primario y universal, la existencia del sentido no necesita ser demostrada, sino que basta con su ejemplificación; por el contrario, la oposición al mismo ha de hacerse desde su negación expresa, o bien, dicho de modo positivo, necesita de la declaración explícita y dogmática del «azar ciego» como sustituto de las unidades de sentido.

En primer término, es un aspecto universal en los entes la mutación que revela inestabilidad. Si los existentes forman una serie, en la que la aparición de unos eslabones conlleva la desaparición de los precedentes, el sentido lógico y ontológico del todo serial requiere alguna existencia necesaria, no afectada por la caducidad. Lo contrario equivaldría a poner en la nada el origen del ser, contrariando el